

CAPITULO LXXIII.

Sucede el conde de Mansfeld al duque de Parma en el mando de los Países-Bajos.—Envia tropas á Francia.—Sucesos varios.—Toma de Gertruidenberg por el príncipe Mauricio.—Nombrado el archiduque Ernesto gobernador general de los Países-Bajos.—Va el conde de Mansfeld á Francia.—Toma á Capelle.—Toma á Laon Enrique IV.—Siguen los progresos de este rey.—Toma de Groninga por Mauricio.—Alborotos en el Bravante.—Muere Ernesto.—Le sucede el conde de Fuentes.—Declaracion de guerra entre Francia y España.—Invasion infructuosa de Mauricio en el Luxemburgo.—Entra el conde de Fuentes en Francia.—Toma á Chatelet, Ham, Douvens y Cambray.—Absuelve el Papa á Enrique.

1592.—1595.

CON la intervencion armada de Felipe II en los negocios de Francia, habia tomado la guerra en Flandes diferente aspecto y descendido del rango principal al secundario. Hasta entonces se habian dedicado las tropas que militaban en aquel pais al solo objeto de volverle al yugo de su dominacion, y si algunos trozos hacian escursiones fuera, duraban poco sin que se emplease nunca en ellas el grueso del ejército. Con el nuevo semblante de los asuntos en Francia, tenian estas tropas que hacer la guerra al mismo tiempo aquí y en los Países-Bajos, medio muy eficaz de que no la hiciesen bien en parte alguna. Para estas dobles operaciones militares, se necesitaban mas fuerzas que las que Felipe II tenia en pié, debiéndose observar de paso que jamás fueron las suyas en los Países-Bajos bastantes para aquella guerra sola. Se puede colocar esta doble campaña obligada en el número de sus grandes desaciertos. Puesto que entonces eran dos las guerras, se necesitaban dos ejércitos para operar cada uno en su teatro respectivo, en lugar de hacer ir las

tropas de uno á otro segun las necesidades del momento. Ya hemos visto cómo de estas faltas ó imprudencias sabia aprovecharse el príncipe Mauricio.—Mientras Alejandro conseguia en Francia triunfos que iban á ser inútiles para Felipe II, redoblaba la actividad de aquel joven hábil y sagaz erigiendo á su pais en una potencia respetable. Así al cabo de veinte y cuatro años de contienda, ofrecia la guerra de Flandes mas dificultades por esta circunstancia sola, que cuando catorce de las diez y siete provincias se hallaban de hecho fuera de la dominacion de España.

Fué nombrado sucesor del duque de Parma en clase de interino el conde de Mansfeld, veterano capitán, que servia en Flandes desde el principio de la guerra. Muy poco despues del nombramiento, recibió orden del rey de enviar á Francia una parte considerable de sus tropas. Obedeció Mansfeld: á principios de 1593 tomó el camino de Francia su hijo el conde Carlos Mansfeld, á la cabeza de seis mil infantes y mil caballos, que reunidos á los que mandaba el duque de Mayena componian un cuerpo de quince mil hombres con corta diferencia. Se vé con qué fuerzas tan escasas debatian los liguistas cuestiones tan interesantes. Aun eran menos numerosas las que mandaba el rey de Francia.

Puso Mayena sitió á la plaza de Noyon, en Picardía, y como era poco fuerte la tomó sin ninguna resistencia. Se apoderó de otras de menos consideracion aún en la provincia. Concluida esta corta campaña volvió Mansfeld á Flandes sin que por entonces adelantasen en Francia las operaciones militares. Se pensaba mas en negociar que en combatir, y los Estados generales que estaban en vísperas de reunirse absorbian casi la atencion de todos los partidos.

En Flandes tomaban los negocios mal giro para el rey de España. Como los de Francia le absorbian tan inmensas sumas de dinero, faltaban las pagas á las tropas. Se echaba mas que nunca de ver la falta de Ale-

jandro. Cansados los soldados ya de guerra, se abandonaban á la indisciplina, y no pocas veces se permitian desórdenes y saqueos para reembolsarse de lo que les debian. Si la persona de Mansfeld era á veces objeto de temor, no excitaba la sumision y deferencia con que el inferior cede al ascendiente de su jefe.

Restaba la plaza de Gertruidenberg para que los vínculos de la confederacion se extendiesen á todas las provincias que mandaba el príncipe. Hacia muy poco que como hemos visto habia caído por traicion en manos de Alejandro. Ardía Mauricio en deseo de reconquistarla tanto por esta circunstancia, como por asegurar mejor la posesion de Breda que estaba en las inmediaciones. Resolvió, pues, el sitio de Gertruidenberg, y para ocultar mejor este designio hizo amagos de caer sobre Dunquerque, Bois-le due y Grave. Engañado Mansfeld dividió su ejército para acudir al socorro de estas plazas, mientras Mauricio con marchas apresuradas cayó sobre Gertruidenberg asediándola en seguida formalmente. Desplegó la mayor actividad en la formacion de las trincheras y de las líneas de circunvalacion y contravalacion, pues queria asegurar su campo contra los ataques del conde de Mansfeld que suponía ya en camino para el socorro de la plaza. Mas de tres mil trabajadores se empleaban en estas obras mientras otros abrian diques, formando inundaciones. Así se vió el príncipe en estado de acometer la plaza por tierra y por agua, pues el Mosa corre tan ancho por aquella parte que permite el paso á todo género de embarcaciones.

A pesar de la actividad del príncipe, dió la plaza muestras de querer hacer una séria resistencia. Respondió á las intimaciones de rendirse con el fuego de las baterías, y Mauricio se vió en la necesidad de seguir el sitio paso á paso sin poder dar ningun asalto, no estando ninguna brecha abierta todavía. Con esto tuvo tiempo el conde de Mansfeld de moverse en su socorro. Así lo hizo en efecto decidido á hacer levantar el sitio á toda costa; mas era

tan fangoso aquel terreno, y tanta la habilidad con que el príncipe habia combinado la construccion de las trincheras, reductos y mas obras de defensa, que Mansfeld no pudo llegar al campo enemigo, por cuyas razones tuvo que retroceder, dejando al príncipe en libertad de continuar el sitio.

No fué este de larga duracion, pues los de adentro destituidos de la esperanza de ser socorridos por los españoles, no quisieron prolongar una resistencia que al fin les seria inútil. Capitularon pues los de Gertruidenberg bajo condiciones bastante favorables para ellos. La guarnicion no salió tan bien librada, pues el príncipe estaba resentido contra ella por ser la misma que antes habia entregado la plaza por traicion al príncipe Alejandro.

En seguida marchó Mansfeld á poner sitio á Creve-cœur: mas habiéndosele adelantado Mauricio y entrado en ella con anticipacion, tuvo que desistir de su proyecto.

Así se pasó el resto del año de 1593 sin mas operaciones militares de importancia. Ninguna de las partes contendientes se hallaba con bastante superioridad de fuerzas para adquirir ventajas considerables sobre la contraria. Las principales atenciones de Mauricio se consagraban á la organizacion del pais, que se iba haciendo una nacion y potencia ya considerable; mientras los ojos de Felipe estaban fijos con predileccion sobre los negocios de la Francia.

Al principio del año 1594 fué nombrado por el rey gobernador general de los Países-Bajos el archiduque Ernesto, su sobrino, príncipe bien intencionado, dotado de excelentes prendas, mas de poca experiencia en los negocios y sin ninguna de la guerra. Se manifestó desde un principio abierto, popular, deseoso de administrar con equidad y con justicia. Pero enterado del estado del pais se figuró tal vez de que mostrándose bondadoso atraeria á la obediencia del rey á las provincias separadas, y de que obtendria una pacificacion general con arreglos amis-

tosos. Invitó á este efecto á los Estados á que enviasen plenipotenciarios para las conferencias que con este motivo pensaba que se celebrasen en Bruselas. Mas la ruptura era una cosa resuelta, un hecho cumplido y positivo que no podia producir otro resultado que una absoluta independencia reconocida por Felipe II, ó la sujecion por la fuerza de las armas. Los Estados contestaron, pues, que era inútil toda conferencia, á no tratarse en ella del primero de los dos puntos, para lo que no estaba sin duda el archiduque autorizado.

Ocurria mientras tanto la entrada pública de Enrique IV en París; mas á pesar de este feliz acontecimiento para él y de que le habian reconocido como tal las principales ciudades de la Francia, aun se hallaba en la necesidad de continuar la guerra contra los restos de la liga. Felipe II, á quien habia hecho proposiciones de pacificacion, no estaba inclinado á abandonar aquel campo de batalla. Recibió el archiduque Ernesto orden de enviar á Francia tropas, y en virtud de esta disposicion se puso en camino el conde de Mansfeld con doce mil hombres, para obrar en combinacion y bajo las órdenes del duque de Mayena.

Sitió el conde de Mansfeld la plaza de Capelle, en Normandía, y la tomó, habiendo experimentado muy poca resistencia. Al saber Enrique el movimiento de los flamencos, acudió á la plaza seguido de los duques de Bouillon y de Nevers; mas á pesar de sus marchas forzadas llegó ya cuando habian entrado en ella los flamencos.

Volvió en seguida Enrique sobre la de Laon, defendida por Dubourg, uno de los jefes mas valientes y entendidos de la liga. Tambien se hallaba dentro de los muros uno de los principes de la casa de Lorena, de voz muy influyente en las operaciones de defensa. Fué esta desde un principio muy firme y tenaz á pesar de los vigorosos ataques de los sitiadores. Desconfiado ya de entrar en Laon á viva fuerza, tuvo que convertir el sitio en bloqueo, despues de haber experimentado grandes pérdidas.

Alimentaba la obstinacion de los sitiados la noticia de que se acercaba Mayena en su socorro con un cuerpo muy considerable. Así era en efecto: llegó el jefe de la liga cerca de Laon cuando estaba ya formado el bloqueo, y sin atacar el campo del rey pasó á ocupar un bosque que estaba á un costado de la plaza, desde cuyo punto podria fácilmente introducir algun socorro. Sabedor el rey de la intencion, pasó á ocupar él mismo dicho bosque, antes de la llegada de Mayena. Sin desistir éste de su propósito, siguió su marcha y trabó con las tropas del rey en el mismo bosque una refriega en que estas tuvieron al principio que abandonar el terreno; mas habiendo sobrevenido con la caballería el mariscal de Biron, se renovó el combate, aunque de un modo irregular, en aquel terreno tan cubierto de árboles. Cedió por fin el campo el duque de Mayena, siendo perseguido por las tropas del rey hasta sus reales.

Desconfiado ya de socorrer á Laon, se puso el jefe de la liga en retirada, en cuyo movimiento se vió constantemente perseguido por los duques de Biron y Longueville. Los historiadores convienen en alabar la serenidad é inteligencia desplegadas en esta ocasion por Mayena, habil general sin duda, aunque frecuentemente poco afortunado. Inquietado á cada momento por la caballería de sus perseguidores que con furia le acosaba, les presentaba las picas y arcabuces de su infantería, que los obligaban á hacer alto. Así marchó lentamente hasta llegar á un desfiladero, en cuya boca hizo colocar su artillería. Con esto cesaron la persecucion las tropas del rey, mientras el duque de Mayena llegó sin otra novedad hasta la plaza de La Fère.

Volvió el rey al sitio de Laon, ya desmayada con la retirada del duque de Mayena. No fué difícil hacerles entrar en una capitulacion, cuyos términos les fueron bastante favorables. Además de estar en el carácter del rey esta conducta, le importaba mucho en la ocasion mostrarse indulgente y generoso. Muchas mas puertas le abria esta débil conducta que su espada. A Laon siguiere-

ron Chateau-Thierry y Amiens que se le entregaron sin ninguna resistencia.

Desanimados los jefes principales de la liga, convencidos de lo imposible de llevar á fin sus planes, trataban de sacar el mejor partido posible de su posición, entrando en arreglos con Enrique. El duque de Lorena abandonó el partido de la liga, é hizo su paz particular con el monarca. El mismo duque de Gaisa, tan idolo antes del partido católico exaltado, tambien entró en convenios, entregando al rey las plazas de Renty, Rheims y Rocroy, recibiendo en recompensa el gobierno de Provenza. Solo permanecia fiel á la liga ó mas bien á los intereses del rey de España el duque de Mayena, ó por un sentimiento de pudor ó por creer que habia ofendido demasiado á Enrique para obtener una reconciliacion que le fuese ventajosa.

Mientras tanto invadia en los Países-Bajos el príncipe Mauricio la provincia de Groninga, única de las septentrionales que se mantenía fiel al rey de España. La mandaba ya desde mucho tiempo Francisco Verdugo, capitán español, arraigado en el país, de cuyos habitantes era bien mirado por su buen comportamiento. Poco á poco se fué circunscribiendo el terreno de su mando hasta quedar reducido á la plaza de Groninga, defendida por tres mil hombres del país, pues el vecindario de la ciudad no habia querido admitir tropas extranjeras.

Comenzó el sitio de Groninga el 3 de junio de 1594 por el príncipe Mauricio, acompañado de Guillermo de Nassau, pariente suyo. Para asegurar mejor la operacion é impedir socorros de afuera, construyó una línea de contravalacion, al mismo tiempo que abria sus trincheras para los aproches de la plaza. Se llevó el sitio de un modo metódico y regular, pues el príncipe por motivos políticos no pensaba en tomarla á viva fuerza. La apuró, sin embargo, lo bastante para que los defensores considerándose con pocas fuerzas llamasen á las extranjeras que se hallaban situadas en los arrabales. Varias ve-

ces pidieron socorro al gobernador general; mas el archiduque á pesar de recibir tambien órdenes para ello del mismo rey, no tenia tropas que enviarle, habiendo mandado á Francia todas las que habia disponibles. Crecieron en esto los apuros en Groninga, y con ellos el descontento de su vecindario. No fué muy difícil á los principales magistrados, poco adictos á la parcialidad del rey, hacer ver á aquellos habitantes el abismo á que corrían obstinándose en una defensa que no podia tener mas resultado que un asalto y el saqueo. Al mismo tiempo les manifestaban que habian andado muy descaminados en conservar su fidelidad al rey, sobre todo, teniendo á la vista el ejemplo de las provincias confederadas que tantas ventajas habian sacado de su independencia. Se allanó con esto el camino de las negociaciones. Dió oídos la ciudad á las proposiciones de entrega que les hizo el príncipe. No fueron las condiciones duras para los sitiados; quedó la provincia de Groninga incorporada con las otras que habian formado la confederacion de Utrecht, entrando en el goce de los mismos derechos, y comprometiéndose á las mismas obligaciones. Se estipuló la libertad de conciencia, aunque la religion reformada debia tener la sola culto público. La guarnicion salió con armas y equipajes y libertad de trasladarse á los puntos que mejor les pareciese.

Mientras tanto era la provincia de Bravante teatro de desórdenes, producto de la indisciplina de las tropas atrasadas de pagas, y que todo se lo creian permitido por esta circunstancia. Llegó la insolencia de algunas de estas tropas hasta apoderarse de la plaza de Sichen, que juraron conservar en su poder mientras no les pagasen lo que les debian. No eran por desgracia muy raros los desmanes de esta clase, segun hemos visto en diferentes pasajes de esta guerra. No solamente se cometian excesos en Sichen sino en los pueblos de las inmediaciones, llegando muchas veces sus correrías hasta las mismas puertas de Bruselas.

Para marchar contra los sublevados de Sichen se vió el archiduque Ernesto obligado á capitular con otras tropas, que sin propasarse á tanto como los sublevados de Sichen, se hallaban en sedicion tambien por el atraso de sus pagas. Satisfechas estas, volvieron á la obediencia y se pusieron bajo las órdenes de Luis de Velasco, que por la del archiduque marchaba á Sichen á poner sitio á los rebeldes. No dejaron éstos de hacer una viva resistencia; mas viéndose al fin sobrado estrechados, evacuaron la plaza y pasaron á ponerse bajo la proteccion de los Estados, abrigándose en las fortificaciones de Gertruidenberg y Breda. No llevó mas adelante este favor el príncipe Mauricio, y se conservó en el terreno de la neutralidad, permitiendo que los sublevados entrasen en arreglos con el archiduque. Segun los términos de esta especie de tratado, se convinieron los revoltosos en trasladarse á Tirlemont, donde se les debian dar las pagas atrasadas. Allí permanecieron un año en inaccion por falta del cumplimiento de esta cláusula.

A pocos meses de su gobierno en Flandes falleció el archiduque Ernesto, á los cuarenta y dos años de su edad, dejando buena memoria por su comportamiento. Le sucedió en el mando el conde de Fuentes, español, jefe, hábil militar que llevaba muchos años de servicio. Habia sido enviado por el rey á los Países-Bajos cuando la muerte del duque de Parma, con orden de que se le diese parte importante en el gobierno. No era muy querida su persona de aquellos habitantes por su carácter, que tachaban de severo y duro. Le acusaban de que cuando mandaba el conde de Mansfeld, habia expedido por orden de Fuentes un decreto condenando á pena de muerte á todos los prisioneros de guerra que en adelante cayesen en sus manos, y que por las reclamaciones que produjo de los Estados, amenazando con usar de represalias, tuvo que revocar el de Mansfeld á muy poco tiempo de expedido. Llenó su nombramiento de disgusto al país por esta circunstancia, y los nobles de Bravante se

alejaron de la capital por no estar en contacto con un hombre tan violento. Dejó el servicio del rey el conde de Arescot, y se retiró á Venecia. El mismo conde viejo de Mansfeld que militaba en Flandes desde principio de la guerra, dejó sus banderas antiguas y se trasladó á Hungría, donde sirvió al emperador en sus guerras contra el turco.

A pesar de su poca popularidad, se acreditó el conde de Fuentes de hábil y entendido gobernante, aplicado á dirigir los negocios con acierto. Su mismo carácter duro fué de mucha utilidad en un país que hervia en desórdenes por la indisciplina y licencia de la soldadesca. Con mano firme restableció la tranquilidad, haciendo entrar con castigos duros en la obediencia á los que todo se lo creian permitido, porque no estaban sus pagas satisfechas. Quedó restablecida la buena disciplina, y las tropas recibieron una nueva organizacion que les era sumamente necesaria. Con nuevos alistamientos y refuerzos recibidos de Italia y Alemania, puso al ejército del rey en estado de tomar de nuevo la ofensiva, y con ventajas, segun lo hizo ver por experiencia.

Hasta entonces se hacian la guerra el rey de España y el de Francia sin declaracion de hostilidades. Segun las manifestaciones de Felipe II, no tenian sus operaciones hostiles en Francia mas objeto que restablecer la religion católica, obrando en auxilio de la liga, á fin tan piadoso consagrada. Varias veces habia Enrique IV tratado por medios indirectos de entrar en avenencia con el rey católico; mas Felipe II, sin arredrarse del mal semblante que ofrecian sus negocios en aquel país, estaba resuelto á continuar las hostilidades contra el rey de Francia, valiéndose del pretexto de que no estaba todavía absuelto por el Papa. Irritado Enrique IV de esta persistencia declaró públicamente en 1595 la guerra al rey de España. Algunos graduaron esta conducta de impolítica, pues con esto daba á Felipe II nuevo pretexto para continuar la guerra. Mas la guerra existia de hecho: era una cuestion que se iba á decidir por el derecho de la